Entre la mirada clínica y la escucha afectiva
Tienes que mirar de Anna Starobinets*

María Mónica Sosa Vásquez
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina)

Los peces son quizás los únicos animales domésticos que no hacen ruido.
Pero éstos me enseñaron que los gritos también pueden ser silenciosos.
Guadalupe Netell

La maternidad será deseada o no será es una de las consignas icónicas por la despenalización del aborto en América Latina. La tilde en el deseo es un acento de las lenguas feministas sobre el poder, en donde las experiencias han sido pasos y huellas colectivas en casas soñadas, desoladas, desmoronadas y reconstruidas; y en las calles siniestras, festivas y desbordadas, que han encontrado inspiración en las ficciones literarias.

Tienes que mirar (2021 [2017]), de Anna Starobinets, no ha gozado de la misma difusión y mercantilización que *El cuento de la criada* (2019 [1985]), de Margaret Atwood, pero consiguió instalar un debate en algunos circuitos de la sociedad rusa. En su obra, la distopía se desenvuelve en la dolorosa experiencia de las revisiones médicas que conducen a la interrupción del embarazo de la propia autora en 2012.

En su breve y potente prefacio, Starobinets advierte que no pretende hacer literatura porque su texto es "demasiado personal. Demasiado real" (p. 9). Pese a que esta obra no desentona por completo del horror de

* Starobinets, A. (2021). *Tienes que mirar*. Buenos Aires: Impedimenta, 184 pp.



Una edad difícil (2012) *y La glándula de Ícaro* (2013), la autora es tajante en esta separación desde la que realiza una declaración estremecedora: "Una cosa es inventar una historia de miedo y otra muy distinta es convertirse en la protagonista de una historia de terror" (p. 9).

Sería erróneo decir que su obra no es literaria, ya que su narrativa denota la destreza artística para presentarnos su historia en un tono realista. No obstante, la distinción es crucial porque este testimonio escrito en primera persona narra su travesía minada por las injustas y extenuantes hostilidades estructurales del sistema de salud en Rusia, un país al que nos referimos poco —por no decir nunca— cuando problematizamos al aborto como un derecho social para las personas gestantes, y pese a que la entonces Unión de Repúblicas Soviéticas (URSS) fue el primer país en despenalizar el aborto, aunque después sería revocado durante el estalinismo (1936).

Este relato es mucho más que sobre el aborto, tema que puede eclipsar el peso que la obra le concede a la maternidad deseada y que contrasta con otros libros de la época, como la trilogía involuntaria conformada por *Matate, amor* (2012), *La débil mental* (2014) y *Precoz* (2015), de la argentina Ariana Harwicz, o *Contra los hijos* (2014), de la chilena Lina Meruane, en los que la maternidad es un lastre, una serie de pequeñas y grandes imposiciones e imperfecciones, o una valija pesada que arrastra a sus protagonistas.

Tienes que mirar es también un relato sobre el dolor y el duelo ante la pérdida de un hijo, como metaforiza en el siguiente extracto:

> Las noches se me hacen más duras que los días […] Yo también estoy tendida en la oscuridad, la oscuridad está dentro y fuera de mí, es como si estuviéramos los dos juntos bajo el agua, bajo la tierra, como si compartiéramos una misma tumba (p. 91).

El "Mini-Tejón", como le llama en algunos momentos, era —para ella— el más pequeño de la familia, a la que también pertenecían el "Gran Tejón", su esposo, y la "Tejoncita", su hija mayor. Con estos apodos cariñosos, Starobinets —"¿la Gran Tejona?"— nos hospeda en la intimidad de su microcosmos familiar en el que se desenvuelve la trama que arrancó en el consultorio de un radiólogo.

Tienes que mirar es también una denuncia al sistema de salud de su país, uno de los objetivos principales por los que la autora escribió el libro —ha reiterado en varias entrevistas— y por lo que justifica la decisión política de mantener los nombres reales de los profesionales y los hospitales a los que acudió. En un fragmento —al describir el perfil de un médico por quien será atendida— Starobinets se refiere a la *escuela soviética* como eminente y comprometida (p. 19); y en otro —después del maltrato recibido en aquella consulta—, como anticuada y mohosa (p. 26).

Sin ningún tipo de consentimiento, en dicha consulta, su cuerpo es convertido en un caso frente a un grupo de estudiantes universitarios ante el cual el médico se encarga de esgrimir explicaciones —tan técnicas como crueles—, que hacen de la protagonista un objeto de la mirada clínica foucaulteana. En este episodio enmarañado de violencia obstétrica, destaca una confrontación nominal: feto *versus* bebé, este último será defendido por la autora hasta el final.

George Steiner sostuvo que lo que no se nombraba, no existía; lo que pareciera estar en juego aquí es el tipo de existencia. De manera que esta confrontación es el camino de una esperanza tintineante, atropellada —una y otra vez— por distintos eventos de una situación irremediable, cuyo dolor es alimentado por la insensibilidad con la que Starobinets es maltratada por el personal médico. Entre estos eventos resalta el encuentro con una trabajadora de limpieza con quien se desencadena una fugaz e intensa medición de fuerzas en torno a los usos del hospital que dictamina el reglamento, que nos dirigen a un aspecto reiterativo en su obra, la rivalidad entre mujeres (*cis*).

Otra expresión de ello es el abanico de actitudes entre las "futuras mamis" y las opiniones de los foros a los que la autora acude para informarse sobre los diagnósticos que ha recibido. Con filo periodístico, Starobinets contrasta los foros en lengua rusa con aquellos en lengua inglesa (p. 50), en los que identifica a un puñado de personajes y las características que se les atribuyen; como lo son las ratas miedosas, las facetas de Dios y los psicólogos. Ante la preocupación y una esperanza que resiste a declararse vencida, aun pese a sus constantes debilitamientos, esta búsqueda *online* es una maniobra por dominar la incesante y creciente ansiedad, un intento desesperado por recaudar datos que emitan señales o brinden tan siquiera algún tenue indicio de que la balanza puede inclinarse hacia su deseo.

Frente a la compleja bifurcación de continuar o interrumpir el embarazo, baraja la posibilidad de hacerlo en su país o acudir a alguna institución en el extranjero. Uno de los factores que contempla es la profunda separación entre hombres y mujeres que describe en los hospitales rusos. Como otros sistemas de salud en el mundo, Starobinets retrata uno diseñado con base en el esquema binario de creencias sobre los roles de género que estipulan y moldean a la maternidad como un "mero asunto de mujeres" y a la paternidad como uno subestimado y debilitado, casi invisible, en parte, por los obstáculos institucionalizados.

> Así son las reglas. Los hombres no pueden pasar. Los hombres no tienen nada que ver con esto. No se debe permitir que los hombres se acerquen a las instituciones para mujeres, a las enfermedades y problemas para mujeres. Eso piensa el que escribió las reglas. Eso piensan las propias mujeres que guardan cola. Eso es lo que piensa el médico en la consulta. Eso es lo que piensa mi madre. Cuando se enteró de que quería que Sasha [su esposo] estuviera conmigo en el "parto inducido", se horrorizó:
>
> –¿Quieres perder a tu marido también? ¿Para qué necesita ver esa pesadilla? ¡Los hombres huyen después de una cosa así! (p. 62).

A la mirada clínica se suman tanto aquella a la que remite el título —revelada en un punto del libro— como la que incita a notar la magnitud del problema denunciado por Starobinets. Si bien la vista es un sentido que sugiere la capacidad de dimensionar sus aristas a través de una observación detenida y puntual, la escucha puede ir más allá de las imágenes, al resquebrajar los modelos que éstas sedimentan y, a la

vez, lo que éstos expulsan. He ahí la potencia de los testimonios como terrenos de la singularidad.

¿Acaso no es *lo correcto*, en términos médicos y militantes, llamarle *feto* al feto? En definitiva, el término permitió deslindar *la vida* de la fecundación para construir uno de los argumentos sociales más relevantes en la despenalización del aborto y que combate la acusación de las personas gestantes como *asesinas*, una noción cultural lejos de ser erradicada, como muestra Starobinets al recorrer los foros digitales. Pero, al tratarse de una maternidad deseada, ¿qué sucede cuando el proceso de interrupción del embarazo se vive desde una trama afectiva con un *bebé*?

La incapacidad de escucha es un modo de invisibilizar las experiencias que anhelan por compañía, códigos culturales y leyes que construyan otra clase de mirada, una que no entierre las lenguas propias con las que algunas son castigadas por *fallar* en una misión tan impuesta como elegida.

> Tal vez piense usted que esto no es importante, que nada de esto alivia. Créame. Es importante. Y alivia. Un poquito, pero alivia. Imagínese que no tiene piel, que le duele hasta el soplo del aire, le duele simplemente ser. Ahora imagínese que le tocan con la mano. ¿Preferiría que fuera una mano enfundada en una manopla de lona o que la persona que lo fuera a tocar primero se lo quitara, se lavara las manos con jabón y se las untara con crema? (pp. 24-25).

Referencias

Atwood, M. (2019 [1985]). *El cuento de la criada*. Salamandra.

Harwicz, A. (2012). *Matate, amor.* Lengua de Trapo.

Harwicz, A. (2014). *La débil mental*. Mardulce.

Harwicz, A. (2020 [2015]). *Precoz*. Mardulce.

Meruane, L. (2017). *Contra los hijos*. Penguin Random House.

Starobinets, A. (2012 [2005]). *Una edad difícil*. R. Márquez (trad.). Nevsky Prospects.

Starobinets, A. (2013 [2005]). *La glándula de Ícaro. El libro de las metamorfosis*. F. Otero (trad.). Nevsky Prospects.